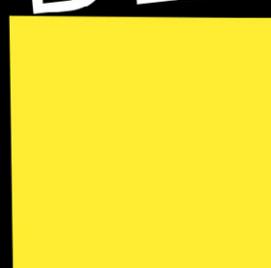
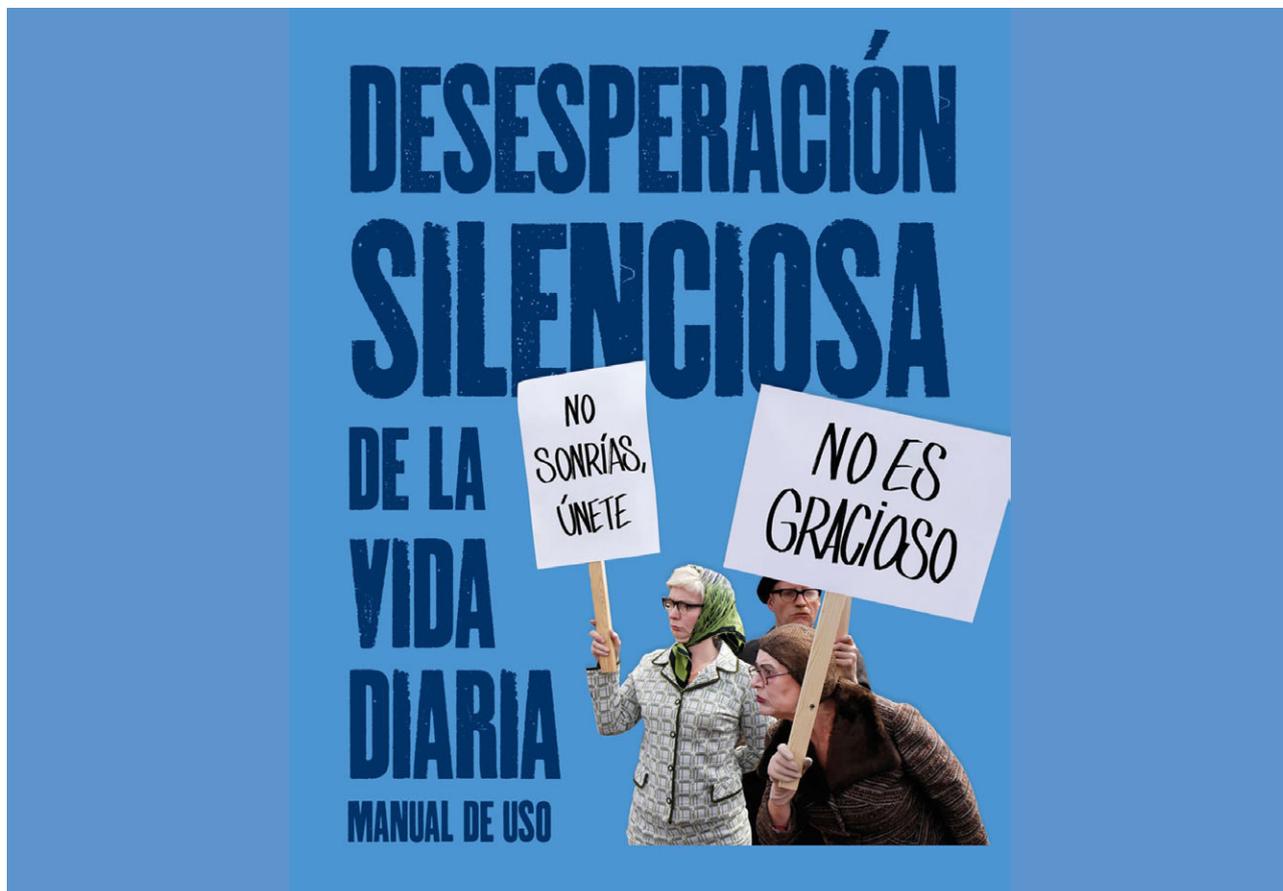


AGRUPACIÓN
UN PIE EN EL ESTRIBO

DESESPERACIÓN
DE
LA VIDA
SILENCIOSA
DIARIA



MANUAL DE USO



Dokumentu honek *Un pie en el estribo* kolektibo anonimoaren “Desesperación silenciosa de la vida diaria: manual de uso” (Penguin Random House, 2020) liburuaren lau atal solte biltzen ditu. Eskuliburu hori Belén Gopeguiren “El murmullo: La autoayuda como novela, un caso de confabulación” (Penguin Random House, 2023) liburuan aurki dezakegu.

Atalak honako hauek dira: *CALLAR TRES VECES / No poder, NO HACER (irakurketa-metodo batekin batera) / «Esta noche comprendo», CONFABULAR / Zapatos, HABITAR EL ESPACIO QUE SE RECORRE CON LENTITUD / Alfonso prueba a confabular.*

Eskaneatuta eskaintzen dira, eskuliburua creative commons lizentziapean eskuragarri dagoelako.

KARRASKANek 2023ko ekainaren 15ean antolatutako *Berrikuntzari eta Kulturari buruzko PAUSALDIBEREAN / acción 0.0 acción IX. jardunaldirako atari* edo beroketa moduko lan-materiala da.

Este documento incluye cuatro capítulos sueltos del libro “Desesperación silenciosa de la vida diaria: manual de uso”, del colectivo anónimo *Un pie en el estribo* (Penguin Random House, 2020), a su vez incluido en “El murmullo: La autoayuda como novela, un caso de confabulación”, de Belén Gopegui (Penguin Random House, 2023).

Los capítulos son: *CALLAR TRES VECES / No poder, NO HACER (seguido de un método de lectura) / «Esta noche comprendo», CONFABULAR / Zapatos, HABITAR EL ESPACIO QUE SE RECORRE CON LENTITUD / Alfonso prueba a confabular.*

Se ofrecen escaneados, gracias a que el manual está disponible bajo licencia creative commons.

Es un material de trabajo a modo de preámbulo o calentamiento para la *IX Jornada de Innovación y Cultura: PAUSALDIBEREAN / acción 0.0 acción*, organizada por KARRASKAN el 15 de junio de 2023.

CAPÍTULO 1

|

CALLAR TRES VECES

1. Callar tres veces

Parece una instrucción sencilla, pero es difícil. A lo mejor ustedes ya son personas calladas. Sin embargo, no entendemos por callar hablar poco. Se trata de no decir precisamente aquello que sí querrían decir.

A lo mejor a ustedes les obligan a callar. En tal caso, callarán dos veces, y la segunda será diferente de la primera.

Callar es un arma. Callar evita prevenir al enemigo, permite sorprenderle. En los entornos no hostiles, callar es una herramienta. Otorga tiempo y ayuda a eludir la pelea innecesaria. Cuando callen no se ausenten al pasado o al futuro, imaginen el presente y, si quieren, a lo lejos, un rastro de estepas incendiadas.

Convendría tomarlo como una instrucción temporal. Tres días para un silencio que llamaremos individual, aunque no privado. Callen en su entorno inmediato. Callen como quien practica un paso de baile o una llave de judo. Vendrá después el tiempo de lo colectivo, si viene. Por ahora solo se trata de ejercitar una habilidad.

Algunos libros aseguran que las emociones deben ser expresadas pues si no se expresan se quedan dentro y pueden estallar cuando menos se desea. Ahora bien: esto no es algo que pueda demostrarse. En ocasiones surge, sí, el arrepentimiento por lo que no se dijo. En otras, diríamos que las más frecuentes, por lo que se dijo. Para nuestra instrucción: durante los tres días, las emociones no se expresarán.

¿Y qué pasa con las ideas, los planes y los sueños? Hay división de opiniones. Algunos manuales recomiendan también decirlos en voz alta. Otros se inclinan por el procedimiento de decirlos por dentro, pero aun así decirlos: quiero esto, me gustaría esto, me he convencido de que esto va a salir bien. Para nuestra instrucción: durante los tres días evítenlos.

«Tres días para un silencio que llamaremos individual, aunque no privado. Calle en su entorno inmediato. Callen como quien practica un paso de baile o una llave de judo.»

Conviene no llamar la atención cuando se calla. Sean amables con las personas cercanas, corteses con todas. No estamos proponiendo un voto de silencio. Callar no consiste en no emitir palabra alguna: consiste en no decir, y no decirse, lo que ustedes querrían decir, y decirse, sobre el mundo, sobre ustedes, sobre sus ideas, sensaciones, recuerdos, proyectos, opiniones.

¿Y leer? Hay una forma de leer mientras se calla que es distinta de la manera habitual de leer. Se trata, en lo posible, de mantener la imaginación en lo leído, en vez de dejarla ir entre asociaciones y evocaciones ajenas al texto.

NO PODER

Elda era una mujer grande. Gorda, dirían de ella. Un cuerpo poderoso que se desbordaba en altura, anchura y profundidad. En la vida de Elda había habido sobresaltos, giros del destino y eso que llaman aventuras. Ahora rondaba los cuarenta. De niña había soñado con ser policía. Pese a las dificultades económicas de su familia, gracias a las becas, el azar y la perseverancia, lo consiguió.

Como muchas personas gordas, en contra de lo que su aspecto parecía indicar, era ágil y enérgica. En una ocasión tuvo que enfrentarse con un chico más joven que ella que estaba robando a dos adolescentes a punta de navaja. El chico amenazó a Elda, fue a clavarle la navaja, pero ella se apartó con rapidez. Hubo un forcejeo, Elda empujó al chico y él, ya separado de Elda, en un gesto de impotencia y rabia, sin que nadie lo esperase, se clavó su propia navaja en el muslo. Elda llamó a una ambulancia inmediatamente y contuvo la hemorragia. Pero el chico ya estaba enfermo y la navaja infectada le produjo una septicemia que acabó con su vida. Una cámara de la calle grabó la escena. No hubo juicio, aunque Elda sí se juzgó a sí misma por haber sido un desencadenante. Lo pasó mal, dudó de sí, de su capacidad profesional, se retrajo.

Una noche que había salido con amigos a un concierto conoció a un músico brasileño, Aidano. Dejó de juzgarse. Fue extraordinariamente feliz. Pidió una excedencia voluntaria y se fue a Brasil con él. Allí ofreció clases particulares de defensa personal. También las daba en una academia. No ganaba suficiente y los ingresos de Aidano eran muy irregulares. Pero fueron dos años alegres. Después las cosas se complicaron. Quiso tener un hijo y Aidano le dijo que él

no se responsabilizaría. Elda decidió que prefería una hija o hijo del músico que unos meses más de esa relación ya declinante. Hicieron un pacto y tuvo un hijo.

Cuando el niño tenía cinco meses, Elda volvió a España. Había cambiado su excedencia voluntaria por otra para el cuidado del niño, pero no quería agotar el plazo sino reincorporarse a la policía cuanto antes. Empezaron a surgir, sin embargo, trabas burocráticas que alargaban la espera. La madre de Elda la ayudaba en el cuidado del niño, pero estaba enferma y tras varias pruebas dijeron que deberían operarla. João, el hijo, era un niño musical, tal como Elda había imaginado. Por las noches lo dormía poniéndole en YouTube la canción que su padre había escrito para Elda, aunque nadie podía saberlo porque no decía su nombre. Elda contrató a un abogado particular que interpuso un recurso. No podía pedir dinero a sus padres, tampoco al padre de João. Aunque encontró un gimnasio donde dar clases, eran solo unas horas al mes y el sueldo no alcanzaba; no tenía casa y no quería vivir con sus padres. Logró que le alquilaran un apartamento bastante cutre mostrando sus nóminas antiguas de policía y su excedencia. También así consiguió un préstamo de dos mil euros. El abogado le dijo que la respuesta al recurso podía demorarse meses.

Su mundo empezaba a precipitarse en caída libre. Después de dejar al niño en la escuela infantil, Elda vagaba por la ciudad. En Brasil se había sentido grande antes que gorda, orgullosa de su envergadura. Ahora la carne le pesaba. Y, a veces, la culpa. Cuando iba a visitar a su madre al hospital sentía el dolor de no poder hacer más, de no poder ayudarla y ayudar a su padre, de no tener un horizonte de seguridad económica que ofrecer a ninguno de los dos. Era el mismo dolor que sentía al dejar a João en la escuela infantil cada mañana, mezclado algunos días con el recuerdo de aquel muchacho atracador y enfermo que murió infectado por su propia navaja porque ella, quizá, no supo controlar la situación. Si Elda se sentaba en un banco, o en su casa, y pensaba despacio en lo ocurrido, llegaba a la conclusión de que no pudo ser de otra manera, recordaba cada movimiento suyo y del chaval, concluía que se habían cruzado cadenas de acontecimientos, como el historial médico del chico, sus movimientos espasmódicos y su estado de ánimo descontrolado. También entonces, sentada, tranquila, se decía que, si no se hubiera ido a Brasil y no hubiera pedido una excedencia, tendría su plaza pero João no existiría.

Los seres humanos no somos, sin embargo, demasiado racionales o, si lo prefieren, no lo somos casi nunca. Pocas veces nos sentamos tranquilamente a pensar y, cuando lo hacemos, las conclusiones que parecían tan firmes y tan claras se disipan al momento, basta un sonido, o la imagen de algo que quedó sin hacer, para que el día de nuevo nos envuelva y nos empuje, caótico, sin ley.

Elda trató de recuperar viejas amistades, sin demasiado éxito. Los antiguos compañeros de trabajo tenían sus vidas y era la rutina compartida la que creaba vínculos al salir. En cuanto a su círculo de la adolescencia y juventud, se había dispersado. Llegó a quedar alguna vez con quienes respondieron a sus propuestas, pero era tan difícil encontrar horarios compatibles...

También solicitó la tarjeta de identidad profesional de vigilante de seguridad. No le gustaba ese trabajo, no era lo que ella quería, confiaba en que su problema administrativo se solucionara antes, pero tenía que pagar el alquiler. Después de solicitarla, compró dos libros de autoayuda. Uno para adelgazar y otro titulado *Emprendimiento personal*. Esperaba que los cambios en su peso y en su rutina diaria provocasen, de algún modo, cambios en su situación, la ayudarían a encontrar un trabajo diferente gracias a las ideas que obtendría del libro y a la futura ligereza de su cuerpo.

Hay, no obstante, constituciones físicas que apenas cambian con una dieta, y la suya, según había comprobado en otras ocasiones, era una de ellas. Aun así, aquel libro proponía un método distinto: Elda decidió probar.

La teoría del libro del emprendimiento le pareció sensata: nuestro cerebro nos protege de los cambios; siempre que tenemos una idea novedosa y, por lo tanto, algo arriesgada, nuestro cerebro nos disuade de intentarla; ahora bien, si logramos suprimir ese primer reflejo, cambiamos el funcionamiento del cerebro. Ponemos en marcha zonas diferentes que sí están interesadas en la innovación. El libro comparaba la vida con una empresa y pedía a Elda que asumiera que ella era la directiva, la responsable de esa empresa, para así romper los automatismos. Ponía el ejemplo del despertador: no había que apretar el botón de *snooze* o siesta y dejar que sonara una segunda vez. Eso era hacer caso a la parte de nuestro cerebro que quería mantenernos a salvo, calientes y en la cama. Había que levantarse la primera vez que sonara. Así se mandaba al cerebro el mensaje de que estábamos al mando y en disposición de producir un día extraordinario.

Elda se empeñó en cumplir aquellos consejos. Hasta que llegó un viernes de mayo.

Se levantó con el primer timbrazo, preparó el desayuno de João sin tanta prisa y se sintió bien. Ella desayunó menos de lo que hubiera querido, pero lo sobrellevó con ánimo apacible. Después fue a visitar a su madre. Cuando iba a entrar en la habitación, chocó sin querer con una auxiliar que salía con prisa; Elda se disculpó mientras por dentro se reprochaba no haber sido mucho más estricta con la dieta.

A las diez su madre intentó ponerse en pie: no tuvo fuerzas. Quería, le dijo a Elda, dormir un rato. Elda pensó que no era verdad, que su madre quería estar sola, que le pesaba su debilidad y necesitaba soledad para encajarla. No supo qué responder. La idea de ser empresaria y consejera delegada de su propia empresa personal no la ayudó esta vez.

Como todos esos días, al salir hizo un nuevo esfuerzo, llamó al abogado y luego modificó sus currículos, buscó nuevos sitios donde enviarlos.

Cuando llegó la hora de ir a recoger a su hijo en la escuela infantil, de nuevo se propuso sonreír, saludar, que João no notara nada. Eso solía conseguirlo, pero no era mérito del libro sino de João.

Ya en casa, Elda jugó un rato con João, lo acostó para que durmiera la siesta y volvió al libro de emprendimiento personal. Leyó que la elegancia consiste en que nuestro buen humor no dependa de que las cosas nos vayan bien o de que nos vayan mal. Levantó la mirada: «nos», ¿quién es ese nos?, ¿estoy yo en ese nos?, preguntó a nadie. Pensó que no, que no estaba; en ese «nos» lo que había eran personas con un gran cordón de seguridad. A esas personas las cosas podían irles mal en un aspecto de su vida, en un perímetro limitado, sí. Pero alrededor nada se hundía. Alrededor, unas cuantas cosas importantes permanecían aseguradas.

Por otro lado, pensó también, su padre había sido lo que ese libro llamaría una persona elegante. Había mantenido el buen humor cuando le diagnosticaron una enfermedad, cuando le echaron de su empresa, cuando tuvo que pedir un préstamo y vender sus pocas tierras. Sin embargo, el tiempo le había minado.

—¿Durante cuánto tiempo pueden ir mal las cosas y cuántas cosas? — preguntó Elda al libro.

Lo último que quería Elda, o su padre, o su madre, era pasarse el día con lamentos y dar lástima. No, no iban a autocompadecerse. Si había que sonreír, sonreirían. Pero según ese libro, cada persona podía forjarse su propio destino. ¿Y qué pasaba cuando, para forjárselo, unas personas usaban a otras y lo hacían mal? ¿Cómo se forjaban su propio destino los consejeros de administración del banco que prestaba dinero a su padre o a ella? «Es más complicado», pensó Elda y cerró el libro.

Se levantó para ver cómo dormía João. Las manos hacia arriba, los puños entrecerrados. Nadie tenía la culpa de que ella hubiera aceptado tener un hijo sola. Sin embargo, ahora, ese libro le hacía creer que tal vez debía haberlo pensado mejor. Le bastaba con mirar a João para saber que el libro estaba equivocado. Pero ya no las tenía todas consigo. Regresó al sofá mientras la congoja se apoderaba de ella y notaba que esta vez no podría contenerla. No quería vivir así, no podría vivir así: contra su cuerpo, contra su cerebro, considerando que su vida era una inversión y que tenía que asegurarse de que fuera rentable. Supervisándolo todo como si Elda fuera la propia empleada de Elda y tuviera que ocuparse de que no se distrajera, de que estuviera produciendo sin parar.

Quizá comía más que algunas personas. Pero mucho menos que otras. Las constituciones son diferentes. Las envergaduras son diferentes. Trataría de moverse más y de comer un poco menos, pero no viviría haciendo un esfuerzo sobrehumano para lograr un cuerpo que otras personas tenían sin esfuerzo y que para ella significaba vivir permanentemente atenta a lo que debía dejar de comer. Y Elda pensó que ese libro de emprendimiento personal no era muy distinto del de la dieta explosiva. Ambos la hacían sentirse al mismo tiempo impotente y responsable. Porque hablaban solo de lo que ella podía hacer. Y nunca hablaban de lo que no podía.

No se consideraba una persona irresponsable. Ahora, sin embargo, había empezado a perder el sentido de la medida: ¿era responsabilidad suya no inventar un negocio que de la noche a la mañana le proporcionara miles de euros? ¿No haber logrado recuperar su trabajo con golpes de efecto y tenacidad? ¿No encontrar un novio impecable y oportuno, y la solución perfecta para las estrecheces económicas de su familia? ¿No hallar la palabra adecuada en la enfermedad y el cansancio? ¿No tener el cuerpo que no tenía?

Había una imagen en aquel libro de emprendimiento: una mano levantada, la de quien tiene algo fantástico que proponer, pero no lo hace y pierde la oportunidad. Debes levantar la mano siempre, insistía el libro, pues tras ese gesto te aguardan consecuencias fascinantes e imprevistas.

Cerró los ojos y se dejó llevar. Fantasó con una Elda autotransformada por la lectura del libro, una Elda que siempre levantaría la mano y desencadenaría maravillas. Diría sus buenas ideas, recibiría una gran acogida por parte de su entorno, lograría llevarlas a cabo en un tiempo récord. Elda ya se veía admitida de nuevo en su puesto de trabajo, habiendo ascendido y logrado que todo el personal de la comisaría se pusiera a trabajar al unísono para crear equipos perfectos, inteligentes, empáticos, integrados en la comunidad.

Cuando Elda dejó de fantasear, nada había cambiado: los vasos y platos mojados seguían sobre el paño de cuadros amarillos y blancos extendido junto al fregadero, la nevera hacía su ruido, sus pies tarareaban con los dedos sobre las chanclas. Y ella quizá se sentía un poco más cansada que antes de empezar.

CAPÍTULO 3

|

“NO HACER”, SEGUIDO DE UN MÉTODO DE LECTURA

3. «No hacer», seguido de un método de lectura

Omitir, rechazar, detenerse. Callar es también una variedad del no hacer. Existen multitud de verbos que designan no acciones. Encontrarán manuales dedicados a hablar de comportamientos cercanos al no hacer: la resiliencia, el crecimiento personal, el autocontrol, el aprovechamiento del estrés o la meditación. Casi todos, sin embargo, abordan sus temas como acciones, como aquello que proponen realizar. Pocos se ocupan de las evitaciones. Que son como un espejo invertido de las habitaciones, un no lugar, un momento del tiempo donde se impide que sucedan cosas.

Es difícil sistematizar lo que no se hace, lo que no se dice, lo que no se acepta, los pactos que no se firman. La historia no suele recoger los borradores de los tratados, las propuestas descartadas, el párrafo que quedó fuera. Sin embargo, casi todo lo que llega a ser viene precedido de no acciones, tachaduras y silencios. Quedan, a veces, los rechazos heroicos y nunca lo bastante celebrados: aquellas personas que por no hablar murieron torturadas, las que pudieron haber robado comida a otros presos en un campo de concentración pero no lo hicieron, todas las que no pactaron con el abuso y la injusticia y cayeron por ello. Pero, un momento, aquí va un ruego: no acepten la fácil reminiscencia grandilocuente de la palabra «heroico». Pónganle zancos, faroles, madre selvas, exaltación, turbación, y los pies de puntillas y los codos bailando. Pues el heroísmo no es casi nunca esa cosa atribulada y solemne, ¡pomposa!, que nos pintan. Los rechazos heroicos fueron sutiles, delicadísimos, alguna vez absurdos, alas de purpurina o de libélula, melodías de fiesta de verbena que viajan en la brisa y se cuelan de pronto en una habitación.

Volvamos al «no hacer» de cada vida en contextos cotidianos. No recoger la mesa. Para que se fastidie el sargento, no como. No sacar la lechuga que enmohece en la nevera. En el acto de recoger la mesa existe siempre un momento en que pudimos no recogerla. En el que pudimos no levantarnos de la cama. También, a la inversa, existe un momento en el que pudimos tirar la toalla. No cantar.

A veces, a nuestra edad, pasamos delante de una tienda del barrio y la dependienta dice «hola, guapa; hola, guapo», y se nos ilumina un poco la cara.

Pudo no haberlo dicho. Y nuestro amigo pudo no abrazarnos al vernos y empezar, simplemente, a hablar.

En relación con lo que no hacemos, los manuales casi siempre se centran en lo negativo y sugieren esquivar el estrés innecesario, el bloqueo por miedo y catastrofismo. Ofrecen ejercicios y explicaciones acerca de los pensamientos erróneos que contribuyen a empeorar la situación. No despreciamos esas explicaciones ni esos ejercicios. Los más sencillos son trucos, como apretar las manos con los dedos cruzados para que el cerebro detecte una emergencia distinta, simple y clara, y se ocupe de ella. Mientras, la ansiedad más general motivada por una situación de crisis, sea un examen o una fuerte discusión, se aplaza y es posible empezar desde otro sitio.

Nada, insistimos, tenemos en contra de esas y otras pequeñas estrategias que suelen cumplir su función. Algunas quizá les sirvan, otras bien poco. En cuanto a los razonamientos incorrectos que abusan de la sobregeneralización y el catastrofismo, valoramos, desde luego, la conveniencia de detectarlos a tiempo. Siempre es útil recordar que, como se puede respirar mal por un catarro, también se puede pensar mal por un error. Es lo que Albert Ellis llama «creencias o supuestos irracionales». En general, la manera de detectarlos consiste en aceptar que la vida no ha de ser perfecta ni va a serlo, y que esto no es necesariamente horrible ni catastrófico. En ninguna parte estaba escrito que todo fuera a salir bien: cuando sale regular o mal, si no se sobregeneraliza, si no se piensa que todo el mundo debe tratarme bien, o que todas las cosas deben salirme bien, o que es una tragedia sentirme mal porque han salido mal, o que debo llevar mi pasado como una losa y estar siempre condicionada por él, etcétera; entonces, casi todo será un poco más sencillo.

No, no estamos en contra de quitarnos de encima el «esto debería haber sido completamente así y como no lo ha sido, todo es horrible e insoportable». Nos parece sensato aceptar las sugerencias de Ellis y otras personas que trabajan en esa línea. Pensar: «me habría gustado que esto fuera más o menos así y como, en general, no lo ha sido, me entristezco un poco pero después continúo porque la vida me sigue importando e interesando y me queda bastante margen de maniobra para intentar otras cosas».

La cuestión aquí es atinar. Pues, cuando se trata, pongamos, de la opresión, a veces un «esto debería ser así y si no, será horrible» es importante. A veces,

mientras aquel o aquella piensa que no es para tanto, otros hacen los sueños y pierden la vida.

Adopten, o al menos no descarten, todos aquellos consejos que les ayuden a poner un poco de claridad en sus pensamientos y en los actos que los siguen. Y discúlpennos si aquí no nos ocupamos apenas de ellos. Al fin y al cabo, hay que repartir el trabajo. Otros muchos manuales se han ocupado ya. Sin duda, será también mejor para nuestro propósito que ustedes no anden por la vida sobregeneralizando, pensando, por ejemplo: si intenté esto tres veces y no me salió ya *nunca* va a salirme. Pero puesto que sugerencias como ésta las pueden encontrar fuera, permitan que nos centremos en algo sobre lo que se ha escrito, nos parece, menos.

«Pensar: “me habría gustado que esto fuera más o menos así y como, en general, no lo ha sido, me entristezco un poco pero después continúo porque la vida me sigue importando e interesando”.»

La desesperación silenciosa leve no suele obedecer a episodios momentáneos. Esa neblina blanca acampa en nuestras vidas, está ahí cuando amanece, sigue durante el día y no se va tampoco tras el anochecer. Para sobrellevarla ayuda deshacer nudos como los mencionados, evitar un reproche innecesario, dar su justa medida al agobio de un momento, etcétera. Pero sobrellevarla no siempre es suficiente.

Para usarla, para hacer algo con ella, para dirigirla contra sus causas y no, como a veces sucede, contra personas más frágiles, más débiles, no hay trucos ni basta, casi nunca, un solo paso. No basta con callar, no basta con cruzar las manos, no basta con combatir sus pensamientos catastrofistas, por más que todo sea conveniente. El uso de la desesperación leve requiere una sucesión de acciones. Pero esa sucesión no es privada. No solo le concierne a usted o a usted. Nos concierne.

Esta es nuestra sugerencia del no hacer para la lectura: no separen los trucos del contexto. Aunque dejen de leer, aunque se cansen y abandonen, no se

queden solo con un par de instrucciones sueltas.

Tampoco piensen que es suya la tarea, ni suya la batalla, ni solamente suya la desesperación leve. Porque es común. Y lo que haga Elda hoy no será solo su propia decisión.

Quizá hayan advertido que hemos hablado un poco de autocontrol, pero no hemos hablado de valores. Lo haremos. Somos conscientes del gran dilema que atraviesa cada vida: el dominio de sí, el autocontrol, la capacidad para conducir las pasiones, ¿todo eso debe servir para el propio bienestar y para conseguir metas individuales? ¿O hay algo más, algo que tiene que ver, precisamente, con lo que vivir no debe ser, con lo que no debemos permitir ni permitirnos? ¿En ese caso, quién dice «debemos» o «no debemos»? Hace años y siglos lo decía la religión, pero hoy, ¿basta con atenerse a las leyes? O, al contrario, ¿no es poco limitarse a atenerse a las leyes, conformarse, como dijera Sartre, con elegirse como persona buena en un mundo malo? Los manuales no suelen ocuparse del porqué: ¿por qué alejar, superar o usar la desesperación silenciosa leve? ¿por qué buscar el triunfo en una sociedad cuyas reglas no siempre merecen respeto? Queremos ocuparnos de eso.

«ESTA NOCHE COMPRENDO»

Al día siguiente era sábado. Elda volvió al parque con João. Allí vio a un abuelo que, sentado en un banco, sujetaba sobre las piernas el embalaje de un coche de control remoto. A cierta distancia su probable nieto, de unos seis años, miraba el coche atascado en la tierra sin demasiado entusiasmo. Algo más cerca, el presunto hijo del hombre del banco y padre del niño observaba el embalaje en las rodillas de su padre con una mezcla de compasión y rabia. El embalaje era de un objeto sin marca, barato, probablemente comprado en un chino. El coche carecía de potencia para superar el ligero desnivel del terreno. La cara del abuelo iba del hijo al nieto y parecía implorar el perdón por no haber elegido bien el regalo, por no tener dinero para comprar un coche cien mil veces mejor o uno de esos aparatos electrónicos que el hijo y el nieto hubieran preferido. A Elda le golpeó la injusticia y la tristeza de la escena.

Recordó enseguida lo que el libro *Emprendimiento personal* decía sobre la

elegancia. ¿Habría sido más elegante el abuelo si en vez de mirar el embalaje con esa expresión de desvalimiento lo hubiera mirado con indiferencia y buen humor? No, pensó Elda. No habría sido más elegante. Habría sido cínico y, seguramente, imbécil. ¿Era eso lo que el mundo quería de ella, de ese abuelo, de sus padres, de tantos miles de personas: convertirlas en cínicas y en imbéciles? Elda trató de imaginar a aquel abuelo sonriendo, riéndose de sí mismo, de la ilusión con que compró el juguete, del malestar de su hijo, del aburrimiento de su nieto. Seguramente habría sido más fácil para todo el mundo si el abuelo se hubiera reído. En especial, habría sido más fácil para el propio abuelo.

La actitud del hijo era, sí, como para reírse de ella, y la del niño, un espejo de su alrededor. Pero Elda encontraba la verdadera elegancia en el rostro desvalido del abuelo, porque ese rostro indicaba que tenía que haber otro mundo y que tenía que estar en este. No en el cielo, no dentro de mil siglos. En este mundo tenía que ser posible que un abuelo como aquel no se avergonzara jamás del regalo que le había podido comprar a su nieto.

Oyó la voz de João que la llamaba, quería agua y la fuente estaba estropeada. Lo acompañó a un bar a pedir un vaso. Cuando volvieron, el abuelo, el hijo y el nieto se alejaban. Elda los miró mientras se cubría con su capa de silencio. No pensó esta vez. Guardó bajo su capa la imagen que había visto.

Por la noche, Elda leía una novela policíaca para coger el sueño. Al poco se separó del texto y empezó a pensar en sus cosas, a planificar tareas, a recordar o dar vueltas a cuestiones que no parecían tener solución. Pero recordó la instrucción de callar y se cubrió de silencio. Cerró el libro, cerró los ojos. Aunque el sueño no venía, Elda se mantuvo callada por dentro. Fue entonces cuando comenzó un desfile de imágenes.

Vio a la panadera, en un cuarto que Elda no conocía, daba vueltas, inquieta, sobresaltada por una pelea en la calle, rendida en un instante sorpresivo por el sueño.

Vio la noche de Iria, su compañera de academia que había sido destinada a Algeciras, imaginó el piso donde vivía, sus ojos tal vez abiertos en la oscuridad.

Vio al dependiente de la droguería que había frente a su portal, con los ojos cerrados, quizá mirando los días de su inminente jubilación.

Vio a su madre, tendida en la cama del hospital intentando dormir; vio su cuerpo, gastado pero hermoso, las sábanas, las incertidumbres, las pequeñas y

grandes esperanzas ahora que le habían anunciado que había posibilidades de recuperación; le pareció sentir la nostalgia intermitente de su madre por el tío de Elda, el hermano más joven de su madre, muerto dos años atrás de forma repentina, vio las preocupaciones económicas de su madre, y la imaginó imaginándose ya curada, llevando de excursión a João al pueblo junto con su marido.

Antes de que esa visión se apagara, surgió con claridad la noche de su abuelo, el padre de su madre, sobrellevando las incomodidades de la vejez, la muerte de su hijo, el tiempo que se acaba.

Vio la noche del abuelo del coche eléctrico, le imaginó dormido.

Vio a su padre despierto en su turno de noche, preparando pedidos de fruta y otros alimentos.

Vio al padre de João, a plena luz aún, caminando por una calle a miles de kilómetros.

Enseguida apareció Martín, un amigo del colegio, vio su noche en Aguilar, donde trabajaba, según había sabido, en una fábrica de galletas.

Y sin que le pareciera haber tomado la decisión consciente de imaginar a la camarera del bar de abajo, la vio tendida, con los ojos abiertos y todo su pasado, el viaje ilusionado desde Colombia por una oferta de trabajo en una empresa de neumáticos de la que fue despedida al cabo de un año, y ahora las largas mañanas y las tardes largas poniendo cafés.

Elda iba pasando de una habitación a otra, viendo a aquellas personas en la gran noche del mundo. Se sintió acompañada y preocupada, se abrazó a la almohada y se durmió.

«No es nada, es un suspiro —dice el comienzo de un poema—, pero nunca sació nadie esa nada, ni nadie supo nunca de qué alta roca nace.» Evoca esa expresión con que a diario restamos importancia a las cosas: «¿Te has hecho daño? No, no ha sido nada». Juega con la idea de que un suspiro carece de importancia. No obstante, la expresión se contradice como nuestras vidas. No es nada porque es un suspiro. Y porque es un suspiro, nunca podrá ser nada.

No pasó nada, no fue nada esa noche de Elda. Y en ese no pasar nada, algo se modificó, ligero pero enérgico y sostenido, el vuelo de una escuadra de grullas.

CAPÍTULO 6

|

CONFABULAR

6. Confabular

Para este manual, confabularse es ponerse de acuerdo con otras personas a fin de llevar a cabo series de acciones. Hay quien va más lejos y precisa que confabular es decir mentiras o fábulas para desarrollar un plan generalmente ilícito. No es nuestra acepción: descartamos que una mentira sea lo mismo que una fábula. Fabular no es mentir, narrar no es mentir, imaginar y describir lo que se ha imaginado no es mentir. Y descartamos que la serie o las series de acciones tengan que ser generalmente ilícitas aun cuando admitimos que en alguna ocasión podrían serlo.

La confabulación consiste en ponerse de acuerdo con otras personas recurriendo a narraciones compartidas y así unirse para llevar a cabo acciones. ¿Qué acciones?

El general Julius von Verdy du Vernois escribió: «Cuando se está decidido y se ha fijado la voluntad a ese respecto, entonces se pregunta uno lo que el adversario puede hacer para contrariarnos. Si se sigue el método inverso, es decir, si se busca primero lo que el adversario puede hacer y si de ello se deduce lo que debemos hacer nosotros, se subordina uno a las intenciones del enemigo, se deja dictar la ley por él y se priva de uno de los medios más preciosos para triunfar en la guerra, es decir, la iniciativa».

Aunque no siempre, la desesperación leve se resuelve atacando el abuso de poder. Esto es algo que no hemos encontrado en muchos manuales. No hablan de los momentos en que enfrentarse es necesario. Entonces, en la medida de lo posible, les conviene pensar primero cuál es su objetivo. Imaginar qué harán para acercarse. Y solo después pensar en la reacción del enemigo. Entonces, si hace falta, habrá que reajustar el plan. Reajustarlo, no cambiarlo. El plan lo habremos ideado primero, el plan no deberá hacerse en defensa propia sino, por así decir, en «acción propia».

Estimamos importante elegir con calma el objetivo, de nuevo en la medida de lo posible, por dos razones. La primera es estratégica: tomar la iniciativa permitirá sorprender mejor al enemigo y evitar caer, al menos, en alguna de sus emboscadas. La segunda se relaciona con nuestra forma de entender el mundo. La competencia puede ser un estímulo para intentar hacer algo mejor.

Pero nunca, pensamos, debe ser un estímulo para aplastar, dominar o dejar caer a quienes están a nuestro lado. El plan propuesto por la sociedad que conocemos consiste en competir. Si no se escoge con cuidado un objetivo, nos impondrán el de la competencia contra personas iguales o contra personas en peor situación.

«La confabulación consiste en ponerse de acuerdo con otras personas recurriendo a narraciones compartidas y así unirse para llevar a cabo acciones.»

En cuanto al enemigo: cuando empleamos esta palabra no nos referimos a un sujeto, o a unos sujetos, con nombres y apellidos, sino a quienes con su modo de hacer se han convertido en representantes de alguna forma de opresión. Si ustedes, por ejemplo, atribuyeran la causa de su desesperación silenciosa leve a una relación personal, el plan que imaginamos no se ocuparía de lo que hace esa persona con nombre y apellidos por sí misma, sino de aquellas acciones que obedecen a pautas laborales, sentimentales, legales, patriarcales, económicas, etcétera, que forman parte de algo más amplio. ¿Por qué así? Porque no son seres aislados, ni ustedes ni tampoco quienes les adversan.

En una sociedad dividida hay enfrentamientos. La serie de acciones que proponemos contienen, en cierto modo metafórico o imaginario, un plan de guerra.

Con la palabra «guerra», ya lo saben, no nos referimos a un conflicto armado entre países. Pero sí a un conflicto. Ustedes deberán determinar dónde empieza ese conflicto. Un libro les propone, por ejemplo, hacer treinta minutos de ejercicio cada día. Habla de las ventajas de evitar el sedentarismo y pasa luego al punto siguiente. Este manual interviene cuando la tabla de ejercicios encuentra su primer obstáculo.

Acaso una persona no disponga de tiempo para hacer ejercicio o esté demasiado cansada, porque le acompaña la tensión de su trabajo o, al contrario, la tensión por la falta de empleo y su búsqueda incesante, o porque sus obligaciones familiares agotan su cuerpo y su mente, o porque se cae de sueño, o por

las horas de transporte, los imprevistos, el miedo.

Tal vez alguien diga: no quiero moverme, admito que acaso me siente bien pero mi tristeza no está solamente en mi cuerpo, no procede solo de mi cuerpo, a la mierda esa obligación de causarle a mi cuerpo más estrés del que ya tiene con ejercicios esforzados o eternos para que libere las dichas endorfinas que me hagan sentir una persona anestesiada y feliz. Y diga: ya que no podemos practicar lo que queremos, acabemos con el sentido práctico, no produzcamos nada moderadamente útil, ni siquiera endorfinas. Tal vez haya alguien que no tenga dónde nadar, dónde estirarse, dónde flexionarse y decida parar y no echar a correr.

Ante estos y otros obstáculos, el manual sugiere la confabulación. No entra a valorar si es o no el momento oportuno para el ejercicio u otros consejos dirigidos a su actividad individual. Hagan o no hagan ejercicio, pongan o no pongan en práctica los variados consejos individuales, el manual sugiere: confabulen.

Quizá ustedes levanten la cabeza del texto y piensen para sus adentros: ¡Además, confabular! Además de los insomnios, el desaliento, la falta de tiempo: sacar más horas, hacer llamadas, ir a reuniones. Así es. Y todavía añadimos el probable horizonte de no conseguir nada, de conseguir menos que nada, un enfado, una derrota, una pérdida económica, una amenaza. Confabulen, sin embargo. Y, de nuevo, no pasen al siguiente apartado hasta que no hayan intentado confabular un poco.

ZAPATOS

Alfonso tenía un flequillo infantil combinado con una pequeña calva en la coronilla. Ya no tan pequeña, aunque a él se lo parecía porque hacía tiempo que no la miraba. Ni gordo ni delgado, su estatura era mediana tirando a baja. Había estudiado enfermería. Por sus circunstancias materiales y familiares tuvo que empezar a trabajar enseguida, lo que le dificultó el acceso a los hospitales públicos. Siempre había trabajado en centros privados con contratos temporales. Le gustaba su trabajo, aunque no las condiciones en que se veía obligado a realizarlo: la prisa, la falta de personal médico y auxiliar, el tiempo exigido por

las gestiones casi hoteleras; la difícil relación con los familiares a menudo originada por los mismos hechos que motivaban el desacuerdo de Alfonso con las personas que dirigían las clínicas.

Tenía cuarenta y un años. A lo largo de su trayectoria profesional, había pasado por muchos sitios, hospitales y clínicas privadas y alguna suplencia pública. Un par de veces dejaron de renovar el contrato porque redujeron personal. Otras, la mayoría, porque preferían contratar a gente nueva que estuviera menos «resabiada», aun cuando esa no fuera la explicación oficial. Y ya las dos últimas, le despidieron tras haberle renovado. Había presionado con dureza para que contratasen a más auxiliares y a personal médico de guardia.

Alfonso pasó cuatro meses en paro. Junto con las listas de personas morosas, las clínicas compartían las de personas reivindicativas, y nadie parecía interesado en contratarle. Al quinto mes se presentó en una empresa de asistencia sanitaria a domicilio. Allí sí le contrataron, si bien con un sueldo que apenas llegaba a la mitad del último que había tenido, y con un horario que rebasaba el límite de las cuarenta horas semanales, aunque en el contrato no constaba.

Hacía seis años de su separación, tenía una hija adolescente. Una vez vio en un escaparate un libro con el título *Refugio en un mundo despiadado. Reflexión sobre la familia contemporánea*. No lo compró. Solo había mirado el escaparate porque el autobús tardaba en llegar, no le gustaba demasiado leer. Pero ese título se le había metido dentro.

No se arrepentía de haberse separado. Se arrepentía de no haber planteado la relación de otra forma. Se preguntaba qué habría pasado de haber sabido lo que tal vez, por su edad y biografía, no podía haber sabido. Teresa, quien le había pedido que no se refiriese a ella como su ex mujer —«nadie puede ser ex mujer, a no ser que cambies de género, o ex persona, a no ser que te hayas muerto»—, tenía otra pareja y se la veía ilusionada. Alfonso también había tenido otras parejas y también había sentido que el mundo era mejor de pronto, más intenso. No, Alfonso no defendía la resignación. Pero, quizá, si hubiera sabido, habría emprendido la relación de otra manera. Habría sido más consciente de que ni siquiera en el amor es posible descansar, y de que puede que eso no sea, a diferencia de lo que sucede en otros espacios, necesariamente una injusticia.

En cualquier caso, ya era demasiado tarde. Ya no podían quedarse juntos

para resistir, de acuerdo, pero ¿cómo iba a resistir cada uno por su cuenta? Lo que Alfonso sabía era que Teresa, su hija Lucía y él eran más débiles. Su hija tenía ahora dos refugios en un mundo despiadado. En realidad, quizá solo tuviera dos medios refugios, o dos cuartos de refugio. En cuanto a Teresa y a él mismo, no llegaban a tener medio refugio entre los dos. Tal vez, pensaba Alfonso, si Lucía lograba establecer un buen vínculo con la nueva pareja de Teresa y si la relación duraba, se arreglarán un poco las cosas.

El día que Alfonso encontró el manual estaba, simplemente, buscando la palabra «desesperación» en internet. Dejó atrás las primeras diez entradas, las primeras veinte. Luego empezó a añadir adjetivos para que los resultados fueran menos dramáticos: desesperación cotidiana, desesperación suave pero inflexible; en un momento dado escribió «silenciosa», y en otro, «leve». Fue entonces cuando aparecimos.

De sus tres días de silencio, lo que mejor recuerda Alfonso son los zapatos. Ocurrió el tercer día, cuando ya se había burlado lo suficiente del manual y de sí mismo. Mantuvo primero una conversación con el recuerdo de Matías, su mejor amigo muerto dos años atrás en un accidente absurdo en una gasolinera.

—Casi puedo ver tu cara, la sonrisa de medio lado de la boca ya que el otro medio, no se sabe por qué, no se te movía tanto al sonreír. La cara que estarías poniendo ahora con esta historia del manual, entre divertido y desconfiado. No sé, verás. No me parece que vayan a enseñarme a ser zen o a hacer meditación. Tú decías que para hacer meditación en una ciudad como ésta había que ganar más de dos mil y pico euros al mes, o en la nómina o por propiedades y recursos que te permitieran ahorrarte gastos y vivir como si los ganaras. Yo te llevaba la contraria, aunque a la vez pensaba que algo de razón tenías. La cuestión es que estoy mal, Matías. Me da vergüenza decirlo, hasta decírtelo me da vergüenza. Sé que todo podría ser mil veces peor, claro que lo sé. Pero me vengo abajo y, mira, este manual no me ha llamado cenizo todavía. A veces lo soy, también lo sé. Me lo llamo yo a menudo. Pero este manual todavía no ha dado señales de querer librarse de los tipos de aspecto triste, de los que recelan, de los cansados.

—Cenizo —dijo el recuerdo de Matías, y se rieron los dos.

Luego Alfonso bajó a la frutería. Durante el trayecto, miró a su alrededor en un nuevo intento de parar los pensamientos, las fantasías, los interlocutores

imaginarios. Se fijó en un señor mayor con pantalón gris planchado, chaleco de lana sobre una camisa de manga corta y zapatillas deportivas. Eran azules con franjas de color rojo. Sintió afecto por ese hombre de setenta años largos, supuso, que salía al mundo con los pies desconectados del traje.

Miró entonces otros pies en sus zapatos, todos parecían ir por su cuenta. Vio a dos mujeres desvencijadas, cuyo andar ligeramente inestable procuraba sostener a la tercera que iba en medio. Zapatos de tacón bajo dados de sí, zapatos de goma gris, deportivas de lona. Cada par podría haber pertenecido a cualquiera de las tres mujeres indistintamente pues, aunque había una cierta armonía en los colores, la forma del zapato iba a su aire, al margen de faldas, pantalones y vestidos. Las dos mujeres de los laterales hablaban al andar y parecían estar queriendo animar a la mujer de en medio; entre tanto, sus zapatos se concentraban en mantenerlas en pie.

Vio a continuación a un hombre grueso, llevaba un pantalón blanco manchado de pintura y unas botas de cordones. El hombre andaba muy despacio, como si alguien hubiera echado el freno de mano de su vida y él aún no se hubiera dado cuenta, sino que, simplemente, advirtiera un deseo de inmovilidad.

Junto a la puerta del supermercado se fijó en los zapatos negros y mullidos de una mujer mayor. Inesperadamente se le hizo un hueco en el pecho, le pareció que todas esas personas habían entrado en él y que aún había espacio para centenares.

Alfonso recibió con alivio la llegada del cuarto día, no tener que callar. Aunque sabía, y no le importaba sino más bien al contrario, que ese hueco podría volver a abrirse.

Una mañana de sábado, Alfonso leyó: «Una estrategia de seguridad: tenerla ordenará su desesperación». Siguió leyendo lo que ustedes ya conocen: una estrategia, qué estrategia... Y llegó a la cita del general Julius von Verdy du Vernois.

La leyó: «Cuando se está decidido y se ha fijado la voluntad a ese respecto». ¿A qué respecto se refería? ¿Un plan sobre qué? Pero el manual no lo aclaraba. La cita se limitaba a señalar la conveniencia de no actuar siempre de forma reactiva. Concebir primero el objetivo, concebir primero la estrategia y solo después pensar qué podrían hacer los enemigos, o la realidad, o la propia

desesperación para contrariarlo.

El primer objetivo que a Alfonso le vino a la cabeza fue volver a la última clínica donde había trabajado y recuperar su trabajo. Una estrategia, supuso, sería además el método, la manera de conseguir el objetivo. Pensar esa manera. Por otro lado, Alfonso no quería recuperar el mismo trabajo que había tenido: quería que en la clínica corrigieran al menos la mitad de las cosas que se hacían mal. «Es estúpido —pensó—. Lo que quiero es que las clínicas funcionen de otra forma. Y eso nunca voy a poder conseguirlo.»

Alfonso volvió al manual. Hablaba de guerras, de enfrentamientos, pero no decía nada de intentar planes imposibles, planes que no saldrían jamás. Quizá más adelante. Alfonso siguió leyendo: «No pasen al siguiente apartado hasta que no hayan intentado confabular un poco». Alfonso reparó entonces en la palabra: no se trataba de esperar a tener la estrategia diseñada, sino de haber confabulado. Callar, se dijo, no había estado tan mal. ¿Cómo sería confabular? Tenía que encontrar personas que estuvieran en su misma situación y que quisieran probar con él. Sacudió la cabeza, la idea le echaba para atrás. Era como si ya pudiera ver todo lo que iba a pasar, los problemas que esas otras personas le contarían, las dificultades para reunirse, los desacuerdos. Y pudo no hacer nada. La historia y nuestras historias están llenas de escenas así, se cierran con un momento de descreimiento, de cansancio. Se había comprometido a estudiar química y biología con su hija, al parecer podía suspenderlas y necesitaba un poco de ayuda. Estudiaron juntos casi dos horas. Después ¿fue el azar; fue una fuerza de voluntad que Alfonso no había cultivado especialmente? ¿Tal vez el orgullo? ¿La imaginación? ¿Contó hacia atrás desde diez? ¿Fue quizá la distribución de los distintos pesos en su vida, las variadas angustias, las pequeñas pero existentes esperanzas? Pudo no hacer, pero pudo también hacer. ¿Quién no es una moneda lanzada al aire?

Alfonso tomó una servilleta de una terraza de la calle. No se sentó en el bar sino en un banco. Por una precaución exagerada, pero que quiso cumplir, prefirió no usar la aplicación de notas de su móvil. Llevaba un bolígrafo que había estado usando mientras estudiaba con Lucía y con la servilleta apoyada sobre el muslo escribió nombres de personas con quienes había trabajado y que, en algún momento, como él, reclamaron, pidieron más contratos fijos, una organización diferente, algo distinto. Esas personas a las que, se decía, los

empresarios habían cogido la matrícula y que terminaban aisladas, con trabajos cada vez peores, como le había pasado a él. De muchas no recordaba ni el apellido, a veces ni el nombre. Pero casi siempre había un hilo del que tirar para localizarlas.

CAPÍTULO 9

|

HABITAR EL ESPACIO QUE SE RECORRE CON LENTITUD

9. Habitar el espacio que se recorre con lentitud

Las personas ancianas somos expertas en lentitud. Pongamos: Ochenta y ocho años, la cabeza bastante bien, el cuerpo hecho trizas. Por fuera todavía parece que se sostiene. Incluso sale a la calle sola. Y lee en un banco, se quita las bailarinas para que le dé el sol en los pies. Los ojos ya resbalan sobre las líneas, a veces una página le lleva veinte minutos. Intenta seguir el consejo de fijarse en la parte de abajo de las palabras, así se ven mejor. En eso consiste, más o menos, vivir a nuestra edad: en vez de hacer las cosas, concentrarse en los procedimientos que deberían permitir hacerlas. Por eso tenemos tan poco tiempo. No porque la muerte esté al lado, que también, sino porque nada a lo largo del día se realiza sin que nos preparemos, esforcemos y concentremos como si se tratara de una ascensión al Everest.

Los manuales casi nunca mencionan la lentitud de los problemas y de las soluciones. Y ahora ya estamos hablando de la vida de ustedes, de esas edades suyas, entre los veinte, por decir algo, y los setenta y muchos, cuando el cuerpo, en circunstancias normales, simplemente responde mientras se hacen cosas. Pues bien, a esas edades, las suyas, los problemas se solucionan lentamente y a veces nunca. Por si poco fuera, los problemas a menudo se acumulan. Aunque se haya aprendido a resolver uno de una clase aparece, casi al mismo tiempo, otro de otra clase diferente. Las personas hacen crac, estallan o se queman, unas veces de golpe y otras tan despacio que a su alrededor nadie lo ve.

«Queremos llegar. Necesitamos llegar. Lo que sucede es que no siempre se puede llegar. Saberlo no es resignarse, es vivir.»

Influye, qué duda cabe, la economía. Si se fijan, en multitud de escritos de las grandes estrellas del *coaching* o entrenamiento personal, se cuentan casos de personas que asistieron a sus terapias: gentes famosas que, suponemos, cobrarán una tarifa elevada por sus sesiones, escriben manuales donde cuentan los casos de personas que acudieron a ellas y, aunque no suele mencionarse, pagaron esa tarifa durante semanas o meses. La angustia diaria de la economía

no suele ser uno de los problemas de que se ocupan.

«¡No todo es la economía!», exclama un coro a nuestro alrededor. No todo, de acuerdo. Aunque, convengamos, bastante. Volveremos sobre este asunto.

Influyen, sin duda, otras cuestiones. Hay quien lo expresa diciendo que la mera existencia es, en sí misma, injusta, pero no estamos de acuerdo. Con la expresión «mera existencia», las personas suelen referirse a la sucesión de acontecimientos que afectan a un ser desde que nace hasta que muere. Pero que alguien, por ejemplo, se parta la pierna cuatro veces y otra persona nunca se la parta no es justo o injusto. Solo los fines pueden ser injustos, y pueden entonces cometer injusticia quienes actúan para conseguir uno determinado. Por eso es posible confabular contra la injusticia, contra determinados acontecimientos que no deberían ocurrir porque son injustos. En cambio, contra la mera existencia no se puede confabular.

En algunos países y momentos, la confabulación es cuestión de vida o muerte. No hay tiempo para leer manuales, todo se acelera. En otros, la confabulación puede ser lenta. Elda y Alfonso tienen un propósito y lo intentan, y entonces sucede la lentitud, recorrer muy poco espacio en mucho tiempo o realizar una parte muy pequeña de lo propuesto en mucho tiempo.

¿Quién aguarda, quién apremia? ¿Cuánto puede esperar el sufrimiento?

Todo es urgente pero no todo se alcanza al ritmo deseado y en ese caso proponemos habitar el espacio que lentamente se recorre. No creemos en las mandangas de que lo importante es el viaje. Queremos llegar. Necesitamos llegar. Lo que sucede es que no siempre se puede llegar. Saberlo no es resignarse, es vivir. Y, si es posible, no cesar de organizar las fuerzas.

ALFONSO PRUEBA A CONFABULAR

Alfonso logró encontrar a cinco de esas personas que habían sido, como él, contestatarias a su modo, que se habían negado a realizar mal el trabajo cuando la empresa no cumplía con la obligación de contratar el personal necesario para poder hacerlo despacio y bien. O habían contado las irregularidades que se estaban cometiendo. Quedaron en su casa. Alfonso abrió la puerta cada una de las veces inseguro. Había dejado claro que era un encuentro para trabajar.

No para recordar viejos tiempos, no para ver qué tal les iba. Había aclarado que esperaba que nadie le hiciera esa pregunta. Alfonso y otro enfermero, dos Tiga, siglas de transporte interno y gestión auxiliar, y dos enfermeras.

Despejó la mesa de la cocina y les pidió que se sentaran allí. En realidad, era una mesa para dos personas, cuatro como mucho, pero como no iban a comer nada había sitio suficiente. Alfonso esperaba tomar notas, planear, confabular, que la mesa fuera útil. Sacó varios vasos, botellines de cerveza, agua. Luego dijo:

—Nos quedan veinte o treinta años de trabajo. Todos hemos estado en clínicas y en hospitales que tienen graves problemas. A algunos nos han echado, y a otros os echarán. Tendríamos que hacer algo.

—Esto ya lo hemos vivido, Alfonso. No hay mucho que hacer. Entrar en la pública, pero no hay sitio —dijo Juan, el otro enfermero.

—Ya —contestó él—, eso es desde el punto de vista personal, pero si nos pusiéramos una agenda, a lo mejor...

—Lo siento, Alfonso, tenía ganas de veros pero yo no puedo más con estas historias —dijo Nuria, una de las enfermeras; se levantó y tomó la chaqueta que había colgado en el respaldo de la silla—. En serio. Hace un mes tuve una crisis de ansiedad. Todavía me estoy recuperando.

Empezó a ponerse la chaqueta, y dijo:

—Mira, no me está entrando bien la manga y ya solo por eso se me saltan las lágrimas. Me gustaría quedarme, no es que me parezca mal intentar algo, es que no tengo fuerzas.

—Para, para, olvida todo, Nuria —dijo Alfonso—. A la mierda eso que he dicho de que quería que nos viéramos para trabajar, para hacer algo. Vamos fuera de esta cocina, el sofá está hecho polvo pero hay cojines y podemos sentarnos en el suelo. Oiremos música, diremos chorradas o no haremos nada. Pero quédate, Nuria, ¿de acuerdo?

Nuria era una mujer pequeña y delgada. Aquel día, vestía de gris, pantalones ajustados, una camiseta de manga larga y esa chaqueta que se le había quedado enredada en la manga que por fin entró. Apoyada en la pared parecía una sombra. Movi6 la cabeza en silencio.

Una vez en el salón, Ramón, un Tiga enorme, capaz de levantar a la persona más pesada casi sin ayuda, ocupó el asiento bueno del sofá. El de los muelles

rotos quedó vacío y los demás se distribuyeron entre un par de sillas y el suelo. Aquello fue un dulce despropósito. Empezaron a contarse tantas penas que parecían viejas aspiradoras rotas o televisores desguazados en el contenedor. Y se reían, y era absurdamente reconfortante comprobar hasta qué punto sus vidas se habían desviado de lo apacible.

Nuria se rompió por el perfeccionismo, porque un día, al ir a apuntarlo no recordó si le había puesto la insulina a un paciente. Habría podido preguntar o comprobar las dosis. Sin embargo, algo se desencadenó y de pronto ya no se fiaba de su memoria, de su capacidad, de que las manos no le temblaran. Solo supo esconderse y esperar a que el momento pasara. Un momento eterno. Días y más días. Tuvo que pedir la baja. Llevaba un mes.

—Ya estoy mejor —decía riendo mientras dos lagrimones le corrían por las mejillas y ella repetía—. ¡En serio! ¡Que sí! ¡Que estoy mucho mejor! —Y lloraba más y se reía más y aquella mezcla de risa y llanto fue contagiosa, liberadora, aunque sabían que al día siguiente todo iba a seguir igual, o casi.

Las voces se relevaban, los botellines vacíos iban quedando en los rincones, la música se fundía con el ruido del tráfico de la calle. Tantos errores cometidos, y tantas cosas bien hechas que no habían llegado a ninguna parte. En un par de ocasiones, Alfonso se planteó recordar el motivo de su convocatoria. Pero no quería ahuyentar a Nuria y le parecía que tampoco las demás personas recordaban o querían volver a encontrarse con un plan que Alfonso ni siquiera tenía, pues era más un deseo, tal vez una necesidad.

Cuando se fueron, Alfonso recogió las cosas mientras cantaba para sí uno de los temas que habían sonado un rato antes: «Que bien, muy bien no es que estemos/ Y no encuentro más solución/ Que ser una más entre las voces rotas/ Que en cada derrota rompe aún más la voz». Luego se acostó.

pausaldiberean.karraskan.org

PAUSALDIBEREAN ACCIÓN 0 . 0 ACCIÓN

#KARRASKAN23 EKA. 15 JUN. — 2023

accion00accion.karraskan.org